

# POLITICAS DE LA PUERTA Y LA MURALLA



LA inauguración de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa ha sido acogida por dos actitudes distintas, en líneas generales, en los grupos políticos de los países conferenciantes: de reserva, desconfianza, moderación y vigilancia en los que van desde el centro a la derecha; de esperanza, alegría y aun entusiasmo en los que van desde el centro a la izquierda (incluyendo los comunistas). Las actitudes se radicalizan en los extremos, que están más o menos de acuerdo: la extrema derecha de carácter fascista o nazi considera la reunión como un pacto vergonzante, una concesión a la URSS, un entreguismo, una ruina de los valores de Europa, y la extrema izquierda revolucionarista como un abandono definitivo de las clases desfavorecidas y del tercer mundo, y una simple confirmación de los acuerdos privados entre Estados Unidos y la URSS para dominar el mundo sin contar con los demás (idea también frecuente en los comentarios de la extrema derecha). Esta actitud exterior se corresponde muy bien con lo que sucede dentro mismo de la Conferencia: los países más conservadores trabajan por retrasar y prolongar la conferencia, por vaciarla de sentido, mientras los más progresivos intentan acelerarla y enriquecerla.

ESTE tipo de actitudes corresponden más bien a una psicología básica política que a los resultados y a las líneas generales de la Conferencia en sí. En unas palabras del Presidente de Finlandia, Kekkonen, que inauguró la Conferencia en calidad de anfitrión, se encuentra la clave hasta cierto punto. La seguridad —dijo— se obtiene abriendo puertas y no construyendo murallas. Está claro que hay una actitud política general, que es la que va desde el centro a la izquierda, que entiende en todos los sentidos que la seguridad, y la paz, y el futuro es una cuestión de puertas abiertas y murallas derrumbadas, y otra, que va desde el centro a la derecha, que considera que no hay mayor seguridad que la del castillo, con el puente levadizo bien alzado y arquereros en las almenas. Indudablemente, el hecho mismo de la Conferencia, de que se celebre y se desarrolle corresponde a la primera actitud.

SE podría fácilmente contrar el sentido de oposición, retraso y desconfianza al desarrollo de la Conferencia en el discurso del nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Jobert. Francia tiene hoy uno de los gobiernos más conservadores de la Europa considerada democrática, junto a Gran Bretaña. Su misión en la Conferencia consistía en el manejo del pesimismo. La posición francesa consiste en creer que la busca de acuerdos con el Este se ha realizado con excesiva precipitación, que la URSS pretende con esta Conferencia consolidar sus conquistas militares de la segunda guerra mundial por una fijación oficial de fronteras y que en el momento en que esta situación sea convertida en definitiva, procurará que los Estados Unidos retiren del continente sus fuerzas armadas, con lo cual las suyas serán preponderantes y dispuestas a una intervención fácil. Expresa, asimismo, la inquietud de que Europa vaya a convertirse en un terreno intermedio en el que se equilibren fuerzas que le son exteriores, de manera que la seguridad de Europa puede terminar estando en manos de fuerzas no europeas. Objeción perfectamente obvia porque en realidad es ya así y desde que terminó la guerra. El problema está en que la propia Europa no ha sabido desde entonces salir de esta condición, y no hay indicios

claros de que vaya a salir de ella, entre otras cosas por las propias objeciones de Francia, que ha retrasado siempre la construcción de una Europa sólida, democrática y abierta en razón de una busca de hegemonía que no ha podido encontrar. Una actitud de defensa de peculiaridades y de busca de ventajas propias que quizá haya estado criticada directamente en la frase de Scheel, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Federal: «Tenemos demasiado miedo para combatirnos unos a otros, pero somos demasiado estúpidos como para ponernos de acuerdo unos con otros». Frase, indudablemente, de alcance más general y que no sólo critica las posiciones de Francia, sino de las de la derecha en general (la frase, en realidad, es de Talleyrand, y Scheel no ha dejado de citar la fuente).

PERO, ¿ha conseguido realmente algo esta primera fase de la Conferencia? Entendamos bien claro que no lo pretendía. Entre las sutilezas diplomáticas que envuelven toda esta cuestión, una es la de considerar esta reunión de ministros de Asuntos Exteriores como «primera fase», cuando en realidad la primera fase efectiva es la que se llamó «preparatoria»: las largas reuniones de embajadores que prepararon los puntos generales de acuerdo, que los ministros no han hecho más que recoger —después de haber guiado desde sus despachos nacionales— y reenviar a la segunda fase, que será también (o debe serlo) efectiva: la que celebrarán en Ginebra, a partir del 16 de septiembre, los llamados expertos o técnicos, que serán los encargados de institucionalizar el orden europeo. A lo cual seguirá la tercera y última fase, en la que nuevamente los ministros —o quizá los primeros ministros, los jefes de Estado— se reunirán para ratificar lo conseguido. Esta fase ministerial ha sido, sobre todo, ceremonial. Un «banquete de la seguridad», como ha dicho Jobert: es decir, una serie de discursos —treinta y cinco, uno por nación— preparados previamente, tranquilamente leídos y sin ninguna ovación de debate o de enfrentamiento de puntos de vista. Una gran parte de cada uno de estos discursos ha tenido muy en cuenta la política nacional de cada uno de ellos: los ministros son todavía más políticos nacionales, ante sus propios electores o ante sus opiniones públicas, que europeos.

OTRA parte importante de esta Conferencia ha estado en los contactos bilaterales. El nuevo ministro español del ramo, señor López Rodó, parece haber estado especialmente activo en sus entrevistas con Gromyko y con los representantes de otros países del Este, con un hincapié especial en dos temas: la posibilidad de intercambios comerciales no sólo bilaterales, sino directamente con el Comecon y la insistencia en la no injerencia en los asuntos internos, insistencia también muy marcada para que sea visible con el punto de vista de la extrema derecha española, que teme que todos los intercambios con el mundo comunista sean una brecha en las murallas anticomunistas. Se ha relacionado también con monseñor Casaroli —que representaba el



López Rodó ha estado especialmente activo en sus entrevistas con Gromyko y con los representantes de otros países del Este.



Un momento de la intervención en la Conferencia de Seguridad del delegado soviético, el ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko.

Vaticano— sobre el tema del Concordato. En cuanto a su intervención general —su discurso ante la Conferencia—, ha sido también muy ceñido a las peculiaridades españolas, como la reserva explícita de la cuestión de Gibraltar —España no acepta ningún «statu quo» en la consagración de las fronteras de posguerra que pudiera considerar a Gibraltar como posesión británica— y los temas permanentes de la política exterior española: la solidaridad con las naciones iberoamericanas y con los países árabes.

**E**STE último punto tenía un especial interés, porque va ligado a la cuestión del Mediterráneo. Un tema que se ha convertido en violento por la explosiva personalidad de Don Mintoff, el maltés que lo ha defendido a voz en cuello y hasta con un portazo final. No son unos puntos de vista disparatados, aunque sí lo sea la expresión en un centro diplomático. Mintoff ha invitado a los soviéticos y a los americanos a desprender «sus sucios dientes del azul Mediterráneo». La posición de Malta consistía en que la cooperación y la seguridad en Europa «no pueden dar ningún resultado importante si se excluyen los problemas mediterráneos, en razón de que su país —quizá el más pequeño, el menos significativo, el menos armado— de todos los presentes— no estaba dispuesto a permitir que las grandes potencias trasladaran el centro de gravedad de los problemas al Sur de Europa. Malta proponía concretamente que Argelia y Túnez fuesen escuchadas por la Conferencia y que pudiesen participar en la fase de Ginebra. España abundaba en esta idea (López Rodó: «No olvidemos que estos países se han visto históricamente envueltos en las guerras europeas, y es lógico que cuando tratamos de asegurar una paz estable y duradera para Europa oigamos sus consideraciones»), y Francia llevó la voz cantante en el debate favoreciendo estas opiniones: otros países entendieron que no habría razón ninguna, en este caso, para negar audiencia y presencia a Israel, y el debate acabó sin solución (cuando ya Mintoff había tomado el avión para regresar a su isla, abandonando la Conferencia). Pero el tema del Mediterráneo es primordial y deberá reaparecer. Sin embargo, es preciso admitir que la aparición en este foro del conflicto del Oriente árabe, al que responden visiblemente las presencias soviética y americana en el Mediterráneo— aunque una y otra tengan objetivos y misiones más importantes o, sobre todo, por ello—, hubiese ahogado todos los grandes temas de la Conferencia.

**L**A primera fase termina, por lo tanto, como estaba previsto, como una anuencia general a lo tratado en la preparatoria y como un visto bueno a lo que se continuará en Ginebra. Una fase oratoria, de declaraciones de principios, de posiciones a grandes rasgos y también a rasgos locales, nacionales. Como idea general, cabe muy bien aceptar la que en forma de interrogación pronunció monseñor Casaroli, que cerró los discursos: «¿No se puede entrever en la raíz de todas estas tareas (las de la Conferencia) un "leit-motiv" que recuerda de una manera señalada el concepto y el sentimiento de la fraternidad entre los pueblos, aunque los hombres políticos, dedicados a los problemas prácticos, tengan probablemente alguna dificultad en admitirlo?».

## LAS HORAS GRAVES DE CHILE

Cuatro carteras para el partido socialista, tres al comunista, dos para los independientes y una para cada uno de los grupos menores (movimiento de acción popular independiente, movimiento de acción popular unitario y cristianos de izquierda) forman el nuevo gobierno de quince miembros con el que el presidente Allende pretende llevar a cabo un «programa de urgencia», cuyos puntos principales son la austeridad económica, orden público y refuerzo de la autoridad de la administración. Inmediatamente ha recibido ya dos desafíos: uno de la extrema izquierda, otro de la derecha unida.

La extrema izquierda del FTR (Frente de Trabajadores Reunidos) considera que el programa es un retroceso con respecto a los objetivos revolucionarios que se propuso el gobierno, pero sobre todo desconfía de los contactos que Allende ha tenido con la democracia cristiana (el propio Allende ha declarado que ofreció una cartera al demócrata cristiano Castillo Velasco, rector de la Universidad Católica de Santiago, pero que el partido negó a éste su participación) y anuncian ya una huelga de carácter nacional, en la que probablemente intentarán la ocupación de tierras y de industrias. En cuanto a la derecha, una declaración conjunta de los partidos demócrata cristiano, nacional y radicales denuncia que se ha quebrado la institucionalidad del país, por haberse repartido armas a «elementos extremistas, la mayoría extranjeros»; que el actual ministro de Trabajo es el «incitador» de ese reparto de armas y apela al Ejército para que impida «la formación de un ejército extremista, en gran parte integrado por extranjeros y paralelo a las Fuerzas Armadas constitucionales».

Con respecto al diálogo con la democracia cristiana, Allende indica que continúa dispuesto a mantenerlo, pero sin renunciar a su programa esencial, mientras la democracia cristiana indica que lo aceptaría, pero sin salirse de la oposición en que se encuentra y

sobre la base de que el gobierno realice modificaciones programáticas que «restablezcan la normalidad democrática».

Por otra parte, se asegura que Allende está realizando gestiones muy activas con el FTR para que renuncie a las huelgas y las ocupaciones; trata de hacer ver a estos militantes que su actitud puede producir nuevos desórdenes y la intervención directa de la extrema derecha. Sin embargo, el FTR considera que la gravedad de la situación es tal que ya no caben negociaciones, pactos ni constitucionalidad, sino la apertura directa de la revolución, que de otra forma puede ser ahogada.

Es un enigma la actitud que pueda llegar a tomar el Ejército. Si la actitud del general Prats no ha ofrecido lugar a dudas en los últimos disturbios, en los que se colocó resueltamente al lado del gobierno, hay opiniones de que una parte importante de los generales y jefes no están al lado de Prats. También se sospecha que éste, convencido de su papel verdaderamente clave, decisivo, puede llegar a tomar una decisión por su cuenta, como la de erigirse en árbitro y mantener una situación de excepción, disolviendo el gobierno y el parlamento, para celebrar unas nuevas elecciones generales. Se especula mucho con la no participación de los militares en el gobierno recién creado. Según algunos rumores, éstos se han negado a sancionar con su presencia la continuidad del gobierno de Allende; según otros, es consecuencia de un acuerdo directo entre Allende y Prats para mantener al Ejército fuera de la lucha política, y dentro del papel de neutralidad que le atribuye la tradición chilena.

Las palabras de Allende al anunciar su gobierno, en las que dijo que el país no solamente ha pasado por horas muy difíciles, sino que la dificultad y la gravedad continuarán en el futuro, no se consideran de ninguna manera exageradas. La tensión es muy alta y puede resolverse de una manera violenta en cualquier momento.